

NIKOS KAZANTZAKIS



**ALEJANDRO
EL GRANDE**

Entre su nacimiento en el 356 a. C. y su muerte en el 323 a. C., cuando tenía nada más que 33 años, transcurre la vida de Alejandro el Grande, hijo de Filipo II de Macedonia. Una vez que su padre hubo unificado Grecia, Alejandro supo cuál debía ser su misión: conquistar el Asia y llevar la libertad de los griegos hasta los confines del mundo.

Para hacerlo, Alejandro se apoya en dos vigorosas columnas griegas: Homero y Aristóteles. El primero le infunde el heroísmo necesario para acometer tal empresa y enfrentar los riesgos sin amilanarse; el segundo lo ayuda a educarse en la templanza y la sabiduría, dos virtudes que el joven guerrero cultivó no sin esfuerzo. Teniendo estos dos pivotes, la sabiduría y el heroísmo, Kazantzakis ha reelaborado la vida de Alejandro y sus Compañeros, recreando los paisajes nuevos que maravillaban los ojos occidentales, las situaciones de luchas por el poder y la ambición de las riquezas, y en el fondo, el ideal limpio, puro de Alejandro por cumplir con la misión que el dios le ha encomendado.

Alejandro es alguien que ha sabido ofrendar su vida por un alto ideal, que ha luchado contra lo mezquino y miserable de la naturaleza humana, no siempre victoriosamente, pero que en definitiva, y en eso reside su grandeza, ha dado su juventud a cambio de una lucha heroica y gloriosa.

I

—¡Esteban! ¡Esteban!

La pequeña Alka estaba de pie ante el umbral, asomando su vivaz cabeza a través de la puerta semiabierta. Su negro pelo enrulado estaba atado hacia atrás con una cinta colorada y en sus ojos enormes la precocidad era elocuente.

Llamaba a Esteban, un adolescente que se hallaba en la puerta, más allá de la galería. Esteban vestía sus mejores ropas, un quitón azul con una hebilla plateada que le tomaba el sayo sobre el hombro derecho. Tenía pelo negro, enrulado como el de ella y era alto y delgado, con la piel bronceada por el sol. En este momento se inclinaba sobre su pie derecho que había afirmado sobre una roca y se ataba la sandalia. Podía advertirse por los fuertes brazos y piernas del muchacho que había ejercitado bien su cuerpo y que sobresalía entre los mejores en la lucha y las carreras.

—¡Esteban! ¡Esteban! ¿No me oyes? —lo llamaba la muchacha con impaciencia.

Esteban se volvió. Al verla se le iluminó el rostro.

—¡Buen día, Alka! —exclamó—, ¿cómo estás?

—¿Adónde vas? ¿Por qué vistes tus ropas buenas?

—Hoy es día de fiesta —respondió Esteban, terminando de atarse la sandalia y peinándose con la mano hacia atrás,

el pelo que le había caído sobre el hermoso rostro tostado por el sol.

—¿Qué fiesta es? Mi padre salió esta mañana temprano con el viejo general Antípatro y tu padre también fue con él, llevaba su maletín de remedios. ¿Adónde van? ¿Otra vez a la guerra?

Esteban se largó a reír diciéndole:

—¿Qué curiosa eres. Quieres saberlo todo.

—¡Por cierto que quiero saberlo todo! —dijo Alka picada—. ¿O crees que porque soy una mujer debería quedarme en casa y jugar todo el día con las muñecas? Soy la hija del capitán Nearco. ¡No lo olvides!

—¡Oh, oh!, ¡la hijita menor del capitán!

—¡No te rías! Ya soy una mujer y voy al gimnasio junto con los muchachos. Puedo correr y arrojar el disco y manejar la espada, y no te olvides que los otros días te gané en la carrera.

Esteban enrojeció. Agachó la cabeza confundido. Era verdad; los otros días ella lo había vencido, y sus amigos desde entonces le hacían burla:

—¡Alka te ganó! —se mofaban—. ¡Una chica te venció! Esteban se prometió que pronto correría nuevamente con ella y la derrotaría para limpiar esa mancha.

Se ajustó la otra sandalia apresuradamente y se preparó para partir.

—Debo irme —dijo—. Estoy apurado.

—¡Oh, no, no te vayas, por lo menos hasta que no me digas adónde vas!

Alka se apartó de la puerta y se detuvo en el medio del paso decidida. Le había subido el rubor a las mejillas y le brillaban los ojos.

—Bueno, bueno —rio Esteban—. No te enojés.

—¡Entonces dímelo!

—Muy bien, te lo diré. Ayer trajeron un nuevo caballo de Tesalia y hoy todos los generales van al estadio para ver quién será capaz de montarlo. Es indómito, con una cabeza

enorme. Lo han llamado Bucéfalo porque su cabeza es tan grande como la de un buey. El rey también va.

—¿Y Alejandro? —preguntó Alka con ansiedad.

—Será el primero —dijo Esteban con orgullo en el tono de la voz.

—¿Él también lo montará?

—No lo creo. No se lo permitirán. Aún es joven. ¿Cómo podría con los generales?

—¿Joven, qué quieres decir? —exclamó Alka—. Tiene quince años. Cinco más que tú. ¡Es un hombre hecho y derecho! Deja que le den una oportunidad y lo verás.

—¿Ver qué?

—Que ganará. ¡Él es el que montará ese caballo!

—Bueno, así lo espero —dudó Esteban—, así lo espero.

—¿No estás seguro? Ya lo verás. Pero prométeme algo.

—¿Qué?

—Que vendrás y me lo dirás. ¿Entiendes?

—Está bien, te lo prometo, Alka. Vendré y te lo contaré todo. Ahora adiós.

—Adiós.

Esteban partió y Alka lo siguió con los ojos, admirando su gracia y agilidad al correr.

—¡Eh! Esteban. ¡Esteban! —lo llamó.

El joven se volvió y Alka se largó a reír.

—Si los otros días hubieras corrido así de rápido —se mofó—, yo nunca hubiera podido ganarte.

Esteban se mordió los labios y no le respondió. Partió de nuevo a correr y pronto desapareció de la vista de Alka.

II

El sol estaba alto en el cielo, las angostas callejuelas de la ciudad se veían apiñadas de gente. En los talleres los artesanos forjaban espadas, yelmos, escudos, lanzas; los soldados salían de las barracas armados para el combate. Toda la ciudad semejaba un campo de batalla.

Por un momento, Esteban se detuvo ante la enorme ágora circular para tomar aliento. Miró a su alrededor: el teatro con sus columnas blancas; el enorme templo que estaba dedicado a Ares, el dios de la guerra; las estatuas ahí esparcidas de los grandes héroes de Macedonia caídos en la batalla para gloria de su país.

«Qué hermosa es Pella», pensó. «Qué hermosa es esta capital de nuestra Macedonia». Y verdaderamente, cuánta hermosura, cuánta energía, cuánta riqueza había en esa pequeña ciudad que apenas unos pocos años antes no era más que un pueblo grande.

La capital anterior estaba situada en la selva, internándose hacia el norte entre las cataratas y los riachos. Se llamaba Edesa. Ahora era sólo ruinas pero aún se la consideraba una ciudad sagrada adonde los reyes de Macedonia iban a consagrar sus bodas, y donde eran enterrados los reyes anteriores.

Ahora Pella se hallaba en su apogeo. La ciudad estaba edificada sobre un hermoso monte desde el cual se veía un

lago profundo con las aguas más azules del mundo a sus pies, donde el río Lidio une el lago con el mar. Miríadas de barcos, grandes y pequeños, colmaban el puerto, ya fuera con sus anclas echadas, ya con las velas desplegadas y listos para zarpar con sus cargamentos.

Esteban contempló los barcos y se le aceleró el corazón.

«¡Cuándo podré viajar!», pensó. «¡Cuándo podré yo también hacerme a la mar en esos barcos e ir a lugares lejanos!».

Nunca había viajado y no conocía ninguna otra ciudad. Había oído hablar muchas cosas sobre las famosas Atenas, Tebas y Esparta. Su padre Filipo, que era el médico de la corte, a menudo le había contado historias acerca de esas ciudades legendarias, y Esteban tenía muchas ganas de verlas.

—Aún eres muy joven —le decía su padre sonriendo—. Hay tiempo. Ya las conocerás y conocerás otras ciudades aún más grandes. No te apresures.

El año pasado, sin embargo, su padre lo llevó hasta la distante Acarnia, a la pequeña aldea donde él había nacido.

—Primero debes rendir homenaje en las tumbas de tus antepasados —le dijo, y lo llevó a esa pequeña aldea, que estaba compuesta de sólo cincuenta pequeñas casas bajas y anchas como cabañas, engastadas en la ladera de una montaña trepada de abetos. Esteban vio la casa humilde de su abuelo, y después fue al cementerio donde se arrodilló ante las tumbas de sus antepasados y besó el suelo que las cubría.

Cuando retornó a Pella, la ciudad le parecía enorme, interminable. ¡Qué residencias, qué barcos, qué estadio, qué templos, qué teatros! ¡Y cuán opulento y gigantesco era el palacio donde vivía el rey Filipo con su esposa Olimpia y sus generales!

Echando una rápida mirada más salió de nuevo a la carrera.

—Se me hace tarde —murmuraba mientras corría a través de la angosta callejuela. De pronto, sintió que un brazo lo tomaba del hombro.

—¿Adónde corres con tanto apuro, jovenzuelo? —le dijo una voz burlona.

Esteban se detuvo. Levantó la vista, jadeando en procura de aliento, y ante él, mirándolo con sus ojillos pequeños y vivaces de astucia se hallaba un hombre gordo con una vieja túnica hecha jirones.

—Calístenes^[1] el filósofo —murmuró atemorizado. ¡Cuánto temía a este viejo gordo! Siempre que lo reconocía a la distancia, cruzaba de calle para evitarlo. El viejo siempre insistía con su monserga sobre el estadio y los juegos y las guerras, y siempre estaba queriendo tomar a Esteban bajo su ala para enseñarle filosofía. «La filosofía» le decía, «significa libertad. Conviértete en un hombre libre».

—¿Adónde vas? —le preguntaba—. ¿De vuelta al estadio?

—Sí —musitó Esteban.

—¡Qué vergüenza! —se mofó Calístenes—; ¿no te da pena estar malgastando tu tiempo en corretear y saltar como una cabra y en pelear como los rústicos? Ven conmigo y hazte filósofo, hazte un hombre libre. Libre, ¿lo entiendes?

—No quiero convertirme en un filósofo —declaró Esteban con cierto atrevimiento en el tono.

—¿Por qué? —lo azuzó el viejo sabio—. ¿No es de tu agrado? Mira tu padre, un notable médico, honrado y respetado por todos. ¿Acaso lo has visto alguna vez corriendo como un loco, y luchando? ¡Llega a ser como él, e incluso mejor! ¡Él sirve a los reyes, pero tú deberías convertirte en un ser libre! ¡Ven conmigo!

—Mi padre quiere que llegue a ser general algún día —dijo Esteban levantando alto la cabeza—, para que siga a Alejandro a las guerras cuando éste sea elevado al trono.

—¡Alejandro! ¡Alejandro! —replicó el filósofo—. ¡Está loco! ¡Sí, loco! Anda por ahí con la cabeza entre las nubes y queriendo conquistar el mundo, según dice. ¡Hay que embromarse! ¡Conquistar el mundo! —y echando una furtiva mirada a su alrededor para asegurarse que nadie lo estuviera escuchando, continuó en voz baja... pero él no tiene la culpa. Es su madre, la trastornada Olimpia. Ella es la que lo empuja día y noche y le llena la cabeza. No lo deja un momento en paz, día y noche con su cantinela: «Macedonia es demasiado pequeña para ti... Grecia es pequeña... ¡Conquista el mundo!».

Mientras el viejo hablaba, Esteban comenzó a escurrirse de su mano, lentamente, como una anguila, hasta que se zafó del todo y salió corriendo.

—¡Esteban! ¡Esteban! —gritaba el filósofo blandiendo su cayado.

Pero Esteban no pensaba retornar. Salió a la carrera como un pájaro que acaba de huir de una trampa.

—Se me hace tarde —murmuró—. Cuando yo llegue ya estarán todos ahí y será demasiado tarde para ver quién ha montado a Bucéfalo.

III

El estadio estaba situado en un amplio tramo de tierra en las afueras de la ciudad, rodeado de álamos y cipreses. El sector de atrás estaba hecho de escalones de piedra donde los espectadores se sentaban para contemplar los juegos. Al frente se veía la larga y angosta arena donde los jóvenes tenían sus competiciones de lucha, disco y jabalina y donde corrían.

Esteban llegó sin aliento. Echó una mirada a su alrededor y ésta se le iluminó. No habían traído aún al caballo indómito, Bucéfalo. La corte real estaba reunida hacia la derecha. Podía ver al rey en el centro, robusto, jovial, inquieto, vestido con elegante púrpura y una diadema de oro coronándole la abundante cabellera. Tenía un solo ojo, el otro lo había perdido en la guerra. Sus fieles amigos, los Compañeros, lo rodeaban. Esteban los conocía bien pues ellos frecuentemente venían a su casa a ver a su padre. Todos habían sido heridos en algún momento y habían necesitado los servicios médicos de su padre, quien les vendaba las heridas y les aplicaba ungüentos adecuados, y ellos le tenían mucho cariño.

Esteban detuvo sus pasos para admirar a estos hombres galantes que revoloteaban en torno del rey. ¡Cómo mantenían sus cabezas en alto con orgullo, cómo lucían sus cuer-

pos, fuertes y tostados por el sol! A los flancos llevaban sus espadas y usaban pesados yelmos de bronce.

Estaba el viejo general Antípatro, siempre el primero en la batalla y primero en el consejo real. Cuán a menudo Esteban había oído a su padre alabarlo. Nadie podía igualarlo en coraje y en inteligencia.

—Pobre del hombre que se cruce con él —decía.

¡Y ahí estaba Nearco, el padre de Alka! Era uno de los más jóvenes Compañeros de Filipo, algo bajo de estatura, pero fuerte y ágil. Nearco era famoso por su valor en el mar.

—Es mi mejor capitán —decía el rey—. Cuando él comanda mi flota duermo tranquilo. —Y Antígono, el *Cíclope*, con su único ojo. También había perdido un ojo en la guerra.

Allá en el otro extremo del estadio había dos hombres con largas barbas cuidadosamente arregladas. Estaban separados de todos los demás, hablando en voz baja, y a diferencia de las simples vestiduras de los griegos, ellos estaban adornados con ropajes costosos, multicolores, exóticamente bordados y adornados con joyas. Tenían los dedos cubiertos de anillos y sus brazos entrelazados con sólidos brazaletes de oro.

Esteban sabía que estos dos hombres perfumados y espléndidamente vestidos habían venido del Asia Menor el año pasado y que residían en la corte real. Eran persas que sostenían que su rey los había expulsado, y que habían venido aquí en procura de refugio. Uno se llamaba Arsites; el otro, el mayor, se llamaba Artabazo.

Debían ser muy ricos porque andaban esparciendo oro a manos llenas y eran apreciados. A Esteban no le gustaban nada, aunque no sabía por qué. Ellos habían intentado hacerle obsequios, en una oportunidad una pequeña espada de oro y otra vez un hermoso arco, pero él nunca les aceptó nada: «No, no», les decía, «ya tengo uno».

Ahora los miró bien. Permanecían apartados del resto, hablando en voz baja entre ellos y mirando furtivamente a su alrededor como temerosos de que alguien los escuchara.

Opuesto a ellos, en el otro lado del estadio, Esteban divisó un viejo general de aspecto cansado que se apoyaba sobre su cayado.

—¡Parmenión! —murmuró con reverencia. Sabía cuán valiente era este hombre y cuánta visión y sabiduría poseía. Era el amigo más sabio y en quien más confiaba el rey. Cuando Parmenión hablaba el rey Filipo escuchaba.

—No parece estar bien —observó Esteban, recordando el día anterior cuando su padre había ido a la casa de Parmenión, para ver las heridas del general que habían vuelto a abrirse—. Está dolorido. Ahí está mi padre, va hacia él para afirmarle el brazo. —Y Esteban salió al encuentro de ellos.

Pero justo en ese momento un grupo de jóvenes elegantes se aproximaban desde el otro extremo del estadio y Esteban se detuvo de golpe. Tenían entre quince y veinte años, vestían quitones y leves mantos multicolores.

—¡Los jóvenes! —señaló el rey Filipo—, los jóvenes que están apresurados porque les dejemos el lugar y poder ocuparlo ellos.

A la cabeza venía un joven altivo con el cabello dorado y aspecto osado, con la cabeza levemente inclinada hacia la izquierda. Sus ojos azules brillaban como estrellas.

El corazón de Esteban latió con más fuerza. ¡Alejandro! ¡Era Alejandro! ¡Cuánto lo amaba! ¡Cuán dispuesto estaba a dar su vida por él!

—¡Oh, cuándo creceré para poder ir a la guerra con él y ejecutar acciones valientes que den gloria a mi país! —pensó, volviendo a acelerar el paso y aproximándose tímidamente al grupo de Alejandro. Todos los amigos del príncipe de los cabellos dorados estaban ahí: el solemne Ptolomeo^[2], el devoto Pérdicas, el fiel Crátero, el terrible Cleito

a quien llamaban «el Negro» porque era muy oscuro. Los dos hijos de Parmenión también estaban ahí: Filotas el arrogante y el bravo Nacanor.

Todos eran hermosos, pero el más hermoso de todos era un muchacho esbelto de piel clara y ojos negros como los de un gamo. También él inclinaba un poco la cabeza a un lado como para compartir la apostura de Alejandro. Llevaba un ancho cinturón de plata del cual colgaba una hermosa espada con labrada empuñadura dorada, y caminaba junto a Alejandro, tomándolo cariñosamente del brazo.

—¡Hefestión! —señaló Esteban con respeto reverencial—. El mejor amigo de Alejandro. ¡Qué hermoso es y cuánto lo quiere Alejandro!

Precisamente en ese instante, Alejandro se volvió y miró a su alrededor.

—¿Cuánto habremos de esperar por ese famoso caballo? —exclamó. Luego advirtió la presencia de Esteban—. Bienvenido, hermanito —se largó a reír—. ¿Has venido a competir con nosotros en los juegos?

Esteban se sonrojó. Trató de responder algo, pero estaba tan cortado por la nerviosidad que no pudo hablar. Alejandro lo llamaba «hermanito» porque ambos habían sido amamantados por la misma mujer, la madre de Esteban, la buena Elpinice había sido la partera de Olimpia la noche en que lo dio a luz, y había amamantado a Alejandro y lo había amado como a su propio hijo. «Mamaron la misma leche», decía ella con orgullo, «¡ruego que mi hijo cuando crezca se le parezca a él!».

IV

El rey parecía contrariado. Cerca ya la hora del mediodía, se puso abruptamente de pie, dejando el trono en el que había estado sentado.

—No tenemos tiempo que perder —dijo—, también hay otros deberes que cumplir. Debo recibir a los embajadores de Persia hoy, y pasado mañana debo salir a la guerra. ¡No puedo estar aquí sentado todo el tiempo aguardando el maldito caballo! ¡Que vaya alguien inmediatamente a buscarlo!

Acababa de pronunciar estas palabras cuando un fuerte relincho se dejó oír y aparecieron tres hombres sosteniendo de las riendas a un caballo indomable. Todos se quedaron asombrados. Nadie había visto nunca un caballo tan altivo y magnífico. Era gigantesco, negro azabache, con una mancha blanca como un lunar estrellado en la frente. Se hubiera dicho que de sus narices brotaba fuego. Trotaba lentamente con paso arrogante, y en cuanto entró al estadio y vio a las multitudes sacudió la melena y relinchó enfurecido.

—Me gusta —dijo Alejandro observando con ansiedad al orgulloso animal.

—¿Quién lo montará primero? —preguntó Filipo con aire burlón mirando a sus generales.

Los Compañeros quedaron en silencio. Pese a su valentía se echaron atrás por un instante. «Éste no es un caba-

llo», pensaron para sus adentros. «Es un monstruo».

—¿Nadie? —inquirió Filipo con cierto tono burlón.

El viejo Antípatro dio un paso adelante.

—Soy viejo —dijo— y no puedo competir con los más jóvenes, pero con su permiso, mi señor, lo intentaré.

—No mi general —irrumpió entonces Nearco—. No podemos permitir que lo haga usted. Nosotros somos más jóvenes. No nos avergüence. Solicito se me permita ser el primero en montar a esta bestia salvaje.

—Permítanmelo a mí —exclamó Antígono el *Cíclope*.

—Yo lo haré —terció el formidable arrojador de la jabalina, Sitalce. Era el alto comandante tracio de barba roja y un largo bigote curvo. Nadie podía igualársele en la lucha; en efecto era tan fuerte que una vez se puso de pie sobre una roca previamente untada con aceite y por mucho que lo intentaron nadie pudo derribarlo.

—Lo intentaré yo —gritó Calas, el afamado jinete de Tesalia. Filipo lo había designado comandante de la caballería macedonia, y era tan buen jinete que lo apodaban el Centauro. Los Centauros, como ustedes saben, eran esos monstruos mitológicos, hombres hasta la cintura y caballos de la cintura para abajo.

—¡Dejen de disputar —rio Filipo—, lo dejaremos librado a la suerte!

El caballo, el terrible Bucéfalo, mientras tanto se encontraba ante los generales aporreando furiosamente el suelo con sus cascos, como desafiándolos.

Filipo sorteó los nombres dentro de un yelmo y al darse vuelta vio a Esteban, que se encontraba ahora al lado de su padre.

—Esteban —lo llamó—, ven aquí.

Esteban se apresuró a obedecer.

—Saca un papel.

Esteban hundió la mano en el yelmo y sacó uno.

—Léelo —dijo el rey.

Esteban desenvolvió el papel y leyó: